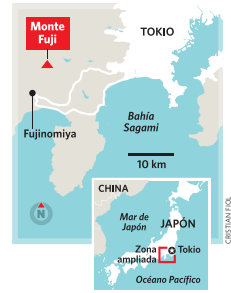




**DIFICULTAD.** El Fuji suele estar cubierto por nubes lenticulares. En la cima, el viento golpea en todas direcciones y puede alcanzar los 100 kilómetros por hora.

Fuji:



Por trabajo, mi esposa y yo cruzamos medio mundo dos veces al año rumbo a Europa y Asia. Aeropuertos que se confunden entre sí, salas de embarque sin memoria, hoteles que podrían estar en cualquier ciudad. Viajar, en ese contexto, deja de ser solo un descubrimiento y se transforma en una rutina medida en kilómetros acumulados.

Aun así, cada vez que podemos intentamos abrir un espacio para la experiencia. Fue en una de esas tardes de planificación cuando mi esposa propuso una idea que llevaba tiempo postergando:

—Aprovechando la primavera en el Hemisferio Norte, ¿por qué no nos tomamos unos días en Japón y vemos los cerezos en flor? El *sakura*, ese espectáculo que incluso inspiró a Akira Kurosawa... Es de clase mundial.

Mi respuesta fue inmediata, casi automática:

—Qué aburrido. Error táctico. Ella no juega a perder y en cuestión de segundos lanzó el anzuelo perfecto.

—Entonces podrías subir el monte Fuji, la montaña más alta de Japón. Tiene casi cuatro mil metros.

Silencio. De alguna manera me estaba mandando a la punta del cerro... pero eso para mí siempre ha sido una oferta muy difícil de rechazar.

Así que, unas semanas después, partimos una vez más, y tras un largo vuelo desde Santiago, con sus correspondientes escalas, llegamos a Tokio. Y una vez allí, tomamos un tren rápido hasta la ciudad de Fujinomiya, una de las puertas de entrada tradicionales para subir el Fuji. Finalmente estábamos allí, a punto de comenzar una aventura tan contemplativa como desafiante y que, al menos en mi caso, me pondría a prueba como nunca lo habría imaginado.

**En Japón, la primavera no es solo una estación: es un estado de ánimo compartido.** Durante unas pocas semanas, el país entero se detiene ante el *sakura*. Parques, riberas, patios de templos: todo se transforma en escenario para el *hanami*, esa práctica —casi una liturgia laica— en la que miles de personas se reúnen para hacer algo esencialmente simple: sentarse bajo los árboles y observar cómo las flores caen.

No hay prisa. No hay meta. Solo hay contemplación.

Y, sin embargo, en ese mismo paisaje emerge su opuesto. Donde los cerezos duran apenas días, el Fuji permanece siglos. Donde el *sakura* invita a detenerse, la montaña exige avanzar.

Japón no solo se respira en sus ciudades vibrantes, se siente en el silencio sagrado del monte Fuji. Para el sintoísmo, el alma de esta nación, el Fuji no es solo una montaña: es la morada de un *kami*, una presencia divina que exige respeto. Allí, la naturaleza no es un objeto, sino un



**PASO.** Antes de la cumbre se debe pasar por este tori, que hace de frontera entre el mundo terrenal y lo divino.

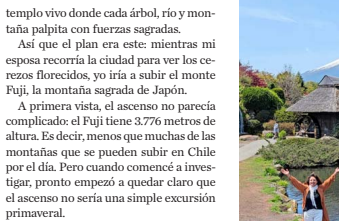
# LA CUMBRE ESPIRITUAL DE JAPÓN

Subir el monte Fuji es considerado un viaje interior y de peregrinación para los japoneses. Pero intentar su cumbre en primavera, cuando en la ciudad florecen los cerezos y arriba hay nieve y vientos realmente tormentosos, puede ser por sí sola una experiencia trascendente.

POR Alex Cattán\*. EDICIÓN: Sebastián Montalva W.



**SAKURA.** La floración de los cerezos es una de las grandes atracciones turísticas de Japón y ocurre en distintas ciudades. Aquí está registrado en las calles de Tokio, tal como esta vista al atardecer del Fuji, que también se puede observar desde la capital.



**POSTAL.** La ciudad de Fujinomiya es el punto de partida tradicional para hacer este ascenso, que suele comenzar desde la quinta estación del Fuji. Al lado, los cerezos.



**EL FUJI NO ES UNA MONTAÑA ESPECIALMENTE TÉCNICA, PERO SÍ ENGAÑOSA.** Es, de hecho, una de las cumbres más ventosas del planeta en su rango de altura. Mientras buscaba información desde Chile, miraba sorprendido los informes meteorológicos: había días en que el viento alcanzaba los 100 kilómetros por hora, y las temperaturas mínimas en la cima eran de hasta 20 grados Celsius bajo cero. Con esas condiciones, el Fuji no era para nada un sitio para la improvisación.

La explicación no responde a un único factor, sino a una combinación precisa: la interacción entre la corriente cálida de Kuroshio y la fría de Oyashio, que cargan la atmósfera de energía; su condición de montaña aislada, sin barreras naturales;



**ruta.** El Fuji se suele subir en dos días, no en uno como lo hizo ahora Alex Cattán.



**SAKURA.** La floración de los cerezos es una de las grandes atracciones turísticas de Japón y ocurre en distintas ciudades. Aquí está registrado en las calles de Tokio, tal como esta vista al atardecer del Fuji, que también se puede observar desde la capital.



**POSTAL.** La ciudad de Fujinomiya es el punto de partida tradicional para hacer este ascenso, que suele comenzar desde la quinta estación del Fuji. Al lado, los cerezos.

Tao, que fue de inmediato me comenzó a hacer todo tipo de preguntas: ¿tenía experiencia previa en montaña? ¿Contaba con el equipo adecuado? Y sobre todo, ¿estaba en condiciones físicas de subir el Fuji en una sola jornada?

Es era el punto: fuera de temporada, los refugios están cerrados y solo se permite el acceso de visitantes a partir de las ocho de la mañana, con regreso hasta las cinco de la tarde. Quedarse en la montaña está prohibido y, con malas condiciones meteorológicas, puede ser bastante riesgoso.

Es decir, para subir el Fuji, tendría que hacerlo a toda velocidad, en un mismo día. Tao lo había hecho cientos de veces. Y, pese a la incertidumbre, decidí asumir el desafío.

El Fuji no es una montaña especialmente técnica, pero sí engañosa. Es, de hecho, una de las cumbres más ventosas del planeta en su rango de altura. Mientras buscaba información desde Chile, miraba sorprendido los informes meteorológicos: había días en que el viento alcanzaba los 100 kilómetros por hora, y las temperaturas mínimas en la cima eran de hasta 20 grados Celsius bajo cero. Con esas condiciones, el Fuji no era para nada un sitio para la improvisación.

La explicación no responde a un único factor, sino a una combinación precisa: la interacción entre la corriente cálida de Kuroshio y la fría de Oyashio, que cargan la atmósfera de energía; su condición de montaña aislada, sin barreras naturales;

su exposición directa al océano y a sistemas frontales que avanzan sin contención. Un escenario complejo incluso para la aviación.

Sin embargo, la tarde previa al ascenso, a fines de abril, el cielo se despejó y permitió ver su silueta completa. Hermosa. Simétrica, casi irreal. En la cumbre, sin embargo, flotaban nubes lenticulares —las llamadas “lentejas”— que para los montañistas funcionan más como advertencia que como ornamento.

El viento se perfilaba como la principal preocupación.

Como teníamos poco tiempo, Tao me había dicho que alojara en las afueras de Fujinomiya. Así, estaríamos más cerca de la carretera que nos conduciría hasta la llamada “quinta estación” del Fuji, ubicada a 2400 metros de altura. Desde allí es la distancia más corta hasta la cumbre: son unos 5 kilómetros que, según los sitios informativos oficiales, se recorren en entre 4 y 10 horas (ida y vuelta), dependiendo del ritmo de cada caminante. Existen otras cuatro estaciones más bajas en el Fuji: de hecho, el inicio de la ruta tradicional por Fujinomiya se encontraba en el santuario Fujisan Hongu Sengen, pero hoy la mayoría de los peregrinos llega en bus hasta la quinta estación e inician la subida desde allí.

El día estaba despejado cuando estacionamos con Tao y comenzamos el ascenso. Pero arriba, la nube lenticular se veía amenazante. Ya a los tres mil metros, las condiciones recordaban a la cordillera de los Andes: exigentes, aunque

familiares. La humedad, sin embargo, añadía una variable distinta: particularmente, nunca había estado en una montaña con estas características. Fría y ventosa en la cima, pero muy húmeda en sus laderas.

Más arriba, el escenario cambió, sobre todo cuando nos comenzamos a adentrar en la nube. La temperatura bajó, la intensidad del viento aumentó y las partículas de hielo nos comenzaron a golpear el rostro sin tregua.

Llevábamos unas cuatro horas de ascenso ininterumpido cuando el viento dejó de empujarnos en una dirección: ahora nos golpeaba desde todos los ángulos. Aún nos faltaba una hora más para alcanzar la cima, pero caminar sobre la nieve se volvió inestable. Cada paso exigía un esfuerzo consciente por mantener el equilibrio. Nunca había sentido una tensión tan fuerte en la zona cervical: aumentaba a medida que los bastones y el piolet se convertían en puntos de apoyo impredecibles. De pronto, ya no se trataba solo de avanzar, sino de resistir. Ver las nubes lenticulares desde la distancia es una cosa; estar dentro de ellas, otra muy distinta.

Ese día, apenas diez montañistas intentaron el ascenso. Solo tres alcanzamos la cumbre.

Finalmente, lo habíamos logrado. En medio del viento, pudimos llegar juntos la cima del Fuji y acercarnos a su cráter, que estaba todo bañado de blanco. Aunque el cielo estaba cubierto y solo podíamos ver unos pocos metros a nuestro alrededor, sí conservo una imagen inolvidable: la del Tori congelado.

Resulta que en la cima del Fuji hay un templo Sengen, que es el corazón espiritual del coloso. Para llegar a él, los peregrinos deben cruzar un Tori, un arco de madera que actúa como frontera invisible entre nuestro mundo terrenal y lo divino. Y cuando subimos, este arco estaba completamente escarchado. Una singular formación de hielo que se produce por las gotas de agua superenfriada que congelan instantáneamente sobre las superficies, debido a los fuertes vientos.

**De regreso, ya en tierra firme, el escenario cambió abruptamente.** En la ciudad de Fujinomiya, una parrilla encendida, carne chisporroteando y el ritual del *yakiniku*, como se le llama a la experiencia de *asar* cortes finos de carne y verduras, basado en el orden de la preparación y la etiqueta.

Junto a mi esposa y Tao brindamos con sake. Ella había logrado ver lo que buscaba: la floración de los cerezos, pero también otros de los grandes hitos naturales de Fujinomiya, como las **cascaídas Shiraïto**, unas caídas de agua de unos 20 metros de alto y 150 metros de ancho en las que el agua, cuando cae, crea finos hilos que parecen de seda. Precisamente, *shiraïto* significa “hilos de seda”.

El contraste no era físico, también simbólico. Durante siglos, el Fuji no fue un deporte de aventura, sino un ritual de purificación. Quiénes emprendían el ascenso no buscaban una medalla ni una foto para el ego; aspiraban a una metamorfosis, permitir que la montaña los transformara.

Para mí, ascender es, en esencia, un proceso de introspección. Un viaje hacia adentro. Y eso no ocurre en la cumbre, sino antes: en la acumulación de fatiga, en el frío persistente, en la duda que aparece cuando el cuerpo sugiere detenerse. Subir en una jornada de ocho horas, fuera de temporada, con el desfase horario todavía presente, deja de ser un logro deportivo y se transforma en una pregunta: ¿Hasta dónde es posible exigirse?

Al final, Japón nos propuso una paradoja de notable coherencia.

Por un lado, el *hanami*: sentarse bajo un cerezo y aceptar que todo —inevitablemente— desaparece.

Por otro, el Fuji: avanzar, con esfuerzo, hacia algo que parece inabarcable.

Entre ambos extremos se dibuja una forma más amplia de entender el viaje —y, quizás, la vida—: contemplar lo efímero sin resistencia y, al mismo tiempo, construir con disciplina aquello que puede perdurar.

Mientras los pétalos caen, la montaña permanece. ■

\*Alex Cattán es montañista y autor de *Ascender y trascender: La mistica de las montañas*. Ha realizado tres expediciones al Himalaya (Gasherbrum 2001, Dhaulagiri 2003 y Nanga Parbat 2007) y otras en el Cáucaso, Europa y Sudamérica.